



CONVIVENCIA INTERCULTURAL E INCLUSIÓN EN LATINOAMÉRICA: LA EMERGENCIA DE SUBJETIVIDADES AUTÓNOMAS EN EL MARCO DEL DESARROLLO CULTURAL COMUNITARIO.

Dra. C. Yamile DERICHE REDONDO

Universidad de las Artes (ISA)

Universidad de la Habana

Primera parte:

Cultura y desarrollo cultural sostenible: la construcción de subjetividades en el ámbito comunitario.

Repensar hoy la relación cultura y subjetividad y su lugar en el desarrollo humano en tiempos de globalización constituye una necesidad y a la vez un eje transversal en todas las investigaciones de las ciencias de la cultura.

Son múltiples las realidades que hoy nos obligan a mirar hacia dentro: “el deterioro de la vida cotidiana, los altos niveles de fragmentación y atomización social, la suplantación de las redes afectivas y naturales por las redes cibernéticas y la producción de subjetividad global y masificada, ejerciendo violencia simbólica, que corroe lazos identitarios y de pertenencia” (Cucco, 2014).

En muchas ocasiones las miradas a la relación cultura subjetividad se realiza siempre desde lo social y del ser humano en tanto parte de una sociedad concreta, pero continúa siendo un tema pendiente el pensar cuánto de aquello que se hace y vive en las comunidades tiene una repercusión en lo individual y en el desarrollo personal. En la mayor parte de las ocasiones se queda a nivel de “discurso” que pocas veces articula con la práctica cotidiana y profesional. Es justamente la idea que maneja Brown (1973) cuando refiere... “Sentar las bases de una praxis que ligue los contextos macro y micro social y transforme “la realidad externa” no menos que la “realidad interna”

Si se relaciona la significación de la comunidad para el desarrollo del ser humano y las contingencias a las que está enfrentada la humanidad y su existencia plural, es posible encontrar razones de partida para el rol estratégico y determinante concedido hoy al desarrollo local, comunitario y su énfasis en lo sociocultural que,



sin olvidar lo económico, deviene facilitador de su conocimiento y de sus posibilidades de influencia.

El ser humano, en tanto sujeto del movimiento histórico, se forma y desarrolla en una cultura determinada que a la vez reproduce y recrea a través de la práctica creadora de apropiación y reinención del mundo, material y espiritual, y de sus vínculos y relaciones en los diferentes grupos que marcan su existencia.

Esta relación sociedad-grupo-individuo, se concreta en el hecho de que cada individuo recibe la cultura a través de su realidad más inmediata y, a la vez, ofrece su desempeño social, mediante el cual devuelve su reflejo particular de los sistemas sociales en que está inmerso, al mismo tiempo que actúa sobre su hacer cotidiano y perspectivo. En este sentido, la subjetividad se estructura desde un vínculo que “efectiviza la atadura al campo de lo simbólico, la cultura y el tiempo histórico social” (Cucco, 2014).

Desde esta perspectiva asumimos la cultura:

- Como actividad transformadora del ser humano que es adquirida y recreada en su praxis social en y a través de sus relaciones vinculares, espacios donde se reproducen, se expresan, recrean y transforman las estructuras sociales y los imaginarios a partir de la capacidad de autodesarrollo del sujeto.
- Que constituye un sistema de significantes y significados estructurado en múltiples subsistemas que interactúan, median y expresan los vínculos, sociales e interpersonales los que son expresión de una realidad y de un proyecto social determinado.
- En tanto resultado y expresión histórico-concreta de cada sociedad, constituye un elemento de formación de subjetividad y desde ahí, de construcción de identidad y sentido de pertenencia de sus miembros, lo que favorece el diseño de los proyectos de vida.

Esta concepción de cultura es una construcción abierta a diferentes propósitos y contextos de análisis que permite el tránsito dialéctico de lo material-objetivo (resultado de esta transformación de lo real) a lo subjetivo simbólico y lo “históricamente subjetivo” (Gramsci); ambas, dimensiones inseparables si de la cultura se trata.

Se trata de pensar un ser humano en condiciones concretas de existencia, frente al sujeto abstracto y ahistórico que nos intentan imponer.

La cultura en su sentido más amplio, sin reducirla a lo puramente artístico; es una condición de la existencia social del hombre, un proceso integral e integrador, de avances y retrocesos, de expresión de las contradicciones de la vida cotidiana. A su

vez es una “organización social de sentidos”, que da pautas de significados, o “dotación de sentidos”, “representación simbólica” para comprender, reproducir, organizar y transformar la realidad. En resumen, como objetivación y subjetivación de la práctica humana que incluye por supuesto la reflexión sobre las vivencias de la experiencia y producción colectiva.

En estos elementos es innegable la vinculación que siempre ha tenido el arte a procesos más complejos y revolucionarios de la sociedad, ya sean pedagógicos, sociales, en América Latina y en nuestro país. El arte y los artistas son movilizadores por excelencia, facilitadores de procesos, deconstructores y constructores de imaginarios sociales, transformadores de autoconciencia, resignificadores de roles sociales.

El arte y la creación contribuyen a la modificación de actitudes y valores, a otra capacidad de expresión y con ella el desarrollo de otros lenguajes expresivos; viabiliza una mejor capacidad de análisis, promueve otro reconocimiento y con ello, mayor autoestima y capacidad para pensarse de manera diferente y por tanto, hacer de manera diferente.

Si nos referimos a Cuba son múltiples los ejemplos del lugar que han ocupado en todo el proceso revolucionario los artistas y sus procesos de creación, en relación con lo cual Graziella Pogolotti ha expresado que

para algunos, el arte se consideraba mera ilustración de una ideología concebida en términos abstractos. La relación se expresaba como normatividad. Para otros propiciaba un hermoso y reconfortante decorado. Esos puntos de vista reduccionistas desconocían la aventura del descubrimiento implícita en todo proceso de creación artística, inmerso en la revelación de la complejidad de la vida. Desde que Heredia cantó la Patria todavía inexistente, el artista se ha apropiado de gérmenes de futuro y ha construido un imaginario en el que todos acabamos por reconocernos (UNEAC, 2008)

En esta relación, otro espacio de análisis que no se puede olvidar, aunque pudiera pensarse más individual es el desarrollo a nivel psicológico, uno de cuyos hitos más importantes fue el enfoque histórico cultural de Vigostky, fundamentado en la dialéctica materialista y en una comprensión de cómo la cultura en tanto proceso inacabado y dialéctico, constituye el punto de partida para la construcción de subjetividad.

Asumo, desde este enfoque, que la esencia humana, psicológica, del hombre es el conjunto de relaciones sociales, trasladadas al interior y convertidas en funciones de la personalidad. Como plantea este autor, la personalidad se convierte para sí en aquello que ella es para los demás; a través de lo que ella le presenta a los demás.



Así se pondera al otro y lo vincular como fundamento del yo y de la subjetividad. Se trata, al decir de Pichón Riviére, de un “sujeto productor y producido” (Zito Lema, 1993, p 107)

La subjetividad...

Estudiar la subjetividad implica una “reinterpretación del sujeto y de lo singular” (González, 1995), poner la mirada desde el sujeto particular concreto que se constituye y a la vez constituye otras subjetividades. También determina el estudio de aquellos espacios sociales que configuran la subjetividad y permiten su expresión desde un nivel específico. Desde ahí se concibe la cultura en tanto productora y expresión de subjetividad y la comunidad, como ámbito específico donde se construye y expresa esa subjetividad.

En un intento de sistematización e integración y desde las definiciones brindadas por diversos autores - Tovar Pineda (2001, p. 11), González Rey (2006, p. 38) y Cucco García (2006, p. 106)- podemos plantear un conjunto de rasgos que caracterizan a la subjetividad que:

- Constituye una producción de sentidos subjetivos que se encarna y concreta en cada sujeto particular (que a la vez toma un camino de subjetivación particular en los espacios sociales) y que le sirve de referencia para operar con la realidad.
- Tiene naturaleza social e histórico-concreta
- Es procesual; no es una construcción acabada, se construye en una permanente confrontación dialéctica con el contexto y con las tramas vinculares que le dieron origen y a las cuales trasciende.
- Implica “procesos mediacionales de elementos ya configurados”, desde una relación adentro/afuera particular, que constituyen parte esencial de lo que Vigostky denomina aspectos culturales del desarrollo.

El vínculo realidad social-subjetividad supone una estrecha interrelación entre la sociedad y el proyecto social; y entre este y los individuos, pasando por los grupos, instituciones y comunidades como espacios de intermediación particular.

El imaginario...

Esta realidad social, el mundo en que vivimos y la vida cotidiana como expresión microsocial es una construcción de vínculos intersubjetivos, que posibilita la intersubjetividad y es fruto de ella. Esta sociedad es visualizada como totalidad a partir de determinados organizadores de sentido, de determinados significados culturales socializados y socializantes, contruidos históricamente por la sociedad en general y los individuos en particular. En este sentido me refiero a la "capacidad imaginante de la sociedad", a su capacidad de producir e inventar sus

significaciones colectivas, imaginarias. Este proceso se da dialécticamente, es decir, esa subjetividad individual producida puede constituirse en un imaginario instituyente en tanto tenga o garantice algún sentido subjetivo personal. Esta mirada nos permite comprender por qué en ocasiones cuando los cambios sociales no tienen sentido personal para los individuos estos quedan simplemente en discursos y políticas que no se “sienten”, “vivencian” ni “viven” los sujetos individuales en su vida cotidiana.

Las ideas de Castoriadis en torno a la construcción de las significaciones imaginarias son esenciales para la delimitación de la relación entre imaginario social y cultura. "Para que una significación social imaginaria se dé son necesarios unos significantes colectivamente disponibles, pero sobre todo unos significados que no existen del modo en el que existen los significados individuales (como percibidos, pensados o imaginados por tal sujeto)". (1993, p. 251)

Para Ana Ma. Fernández, los mitos sociales dan cuenta del imaginario efectivo. Las utopías, en tanto productoras de sentido, remiten a lo imaginario radical, a la actualización del deseo, que hace resignificación y produce realidad.

En este sentido, podemos diferenciar el imaginario social instituido, efectivo que remite a los mitos a partir de una relación entre el Imaginario Social y la realidad y el Imaginario Social instituyente o radical que remite a las utopías en tanto nuevos organizadores de sentido y que son resultado de la relación entre el imaginario social y los deseos.

Me adscribo así mismo al valor del imaginario grupal para la lectura y el descubrimiento de los atravesamientos sociales, institucionales e individuales, de los producidos por el propio grupo en su proceso de desarrollo. Esta lectura que debe ser producida teniendo en cuenta cada contexto particular y el modo en que en cada comunidad se producen y construyen estas relaciones vinculares y de formación de imaginarios que funcionan desde la comunidad y para la comunidad.

Este imaginario social, derivado de la estructura social, tiene entre sus supuestos un sujeto ideológico en tanto aquel sujeto saludable, funcional a sus fines. Si bien el proyecto social dibuja este sujeto ideológico a través de los roles asignados por el imaginario social como materialización de la ideología de la sociedad, de la cultura popular tradicional y de la “reinterpretación del sujeto y de lo singular” nos llevan a plantearnos la posibilidad de que pueden existir fracturas entre este sujeto y el imaginario debido a la potencialidad transformadora de una parte del mismo que es el instituyente. Este puede adelantarse a la propia elaboración social en torno al sujeto ideológico buscado afín a su proyecto social. Se refiere entonces (A.M.Fernández) a la existencia de “...deseos que no se anudan al poder, que desordenan las prácticas sociales y que desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y en algún momento instituyen una nueva sociedad....el



imaginario social radical o instituyente instala la cuestión del poder en el centro mismo de la producción de subjetividad” (En: Rebollar, 2003; M; p. 57)

En sus trabajos, esta autora (1992b, p7) responde a la pregunta ¿A través de que mecanismos consigue eficacia el imaginario social en la formación de los sujetos? Y hace entonces alusión a mecanismos muy bien instalados en la dinámica social: la repetición insistente de las narrativas a través de discursos con pequeñas variaciones que sostienen una misma trama, su institución como universo de significaciones totalizadoras y esencialistas que homogenizan y violentan lo diverso, la construcción de un imaginario social que presentan como realidad objetiva, organizando verdades de gran poder que minimizan la duda, el cuestionamiento, la trasgresión.

En este sentido podemos referirnos a una subjetividad individual, en tanto configuración psicológica de cada sujeto concreto y de una subjetividad social, como imaginario, autoconciencia de una determinada sociedad en un momento histórico concreto. De ahí que la subjetividad social tiene, en la comunidad, un ámbito especial de construcción.

La comunidad.....

La comunidad mediatiza la influencia de la sociedad en general e influye en la formación y desarrollo de las características de cada persona ya que cada personalidad, como expresión singular de esa subjetividad, es construida en ella, en los vínculos e interrelaciones que se desarrollan en su seno. Son múltiples las definiciones de comunidad referidas en la literatura, pero pueden destacarse las ideas de concebirla como grupo o unidad social, articulada desde un contexto histórico social y desde una identidad, que interactúa en procesos de producción y reproducción de la vida cotidiana; portadora de una subjetividad con diversidad de expresiones.

Entonces en el imaginario se reconoce el capital cultural de la comunidad, explica los nuevos y diversos estilos vinculares en las personas y las organizaciones e instituciones, expresa las transformaciones en la subjetividad a partir de los cambios locales, sociales y de las prácticas comunitarias y que desde su capacidad instituyente favorezca y refuerce el derecho a la autonomía cultural y de prácticas expresivas y permitan a la comunidad desarrollar, en sus propios términos, un entorno cultural con el que identificarse simbólica, cultural y psicológicamente. Desde ahí se produce además la construcción de subjetividad social y personal y puede constituir una alternativa para impedir que esa subjetividad se sumerja en el culto al yo y al individualismo.

En la vida cotidiana es donde se expresan el conjunto de actividades y relaciones sociales que regulan la vida de los individuos; es el espacio donde se "estructura e



inserta un proyecto individual intencionado" que se le presenta a los individuos no sólo como lo dado, natural u obvio sino también como lo cotidiano, extraordinario o contingencial para el individuo.

A esto le incorporaría un elemento básico hoy, el tema de la sostenibilidad. La realidad económica y social actual ha puesto en un lugar prioritario acciones para el logro de un desarrollo sostenible. Resulta entonces hoy muy importante el reconocimiento de cualquier práctica comunitaria que tenga por objetivo la sostenibilidad de sus procesos de desarrollo y el lugar del arte y la cultura en ellos.

A mi modo de ver se trata de pensar un modelo de desarrollo que se realice desde la **cultura** como recurso propio de la naturaleza humana y como eje de acción concreta para la transformación comunitaria y considere el desarrollo sostenible como una propuesta de **cambio cultural** en relación con los valores, las percepciones y las formas de acción social.

Hoy la aportación del arte y la cultura al desarrollo no puede quedar ahí, hoy se nos está convocando a pensarla en tanto productora de sostenibilidad para el desarrollo comunitario.

Por supuesto cuando revisamos estos criterios al igual que ha ocurrido en foros internacionales, científicos y de política es evidente el cuestionamiento a su endogenicidad y viabilidad por lo que se hace necesario su contextualización histórica y su ámbito espacio-temporal de realización.

Ahora aquí me sumaría a una alerta descrita por Enrique Leff en torno a como el discurso de la sostenibilidad puede constituir un peligro y un boomerang que convoque a una nueva resignificación simbólica del ser humano, de su cultura y de la naturaleza en tanto capital humano, cultural y natural, reducidos todos a un valor y a los códigos del mercado. Aun cuando expresemos que la sostenibilidad es un camino posible hay que cuidar los riesgos de incluínos, a veces inocente o incrédulamente en los efectos del poder del discurso neoliberal.

El propio autor nos habla de una cultura ambiental referida al proceso de reconstitución de identidades donde se hibrida lo material y lo simbólico, donde se gestan nuevos actores sociales que se movilizan para una reapropiación de la naturaleza, en la que se construyen nuevas visiones y se despliegan nuevas estrategias de producción sustentable y democracia participativa.

El equilibrio entre lo económico, lo productivo, medioambiental y cultural como condición y resultado de la sostenibilidad y de una cultura de la sostenibilidad permite el desarrollo de capacidades de gestión y autogestión para la formación de un sujeto de cambio con aspiraciones y una actitud diferente en su relación con los



demás y con el entorno, sujeto de cambio que debe ser el principal instituyente de la sostenibilidad.

Queda entonces trascendida la idea de pensar la cultura solo como un eje, una dimensión, una parte del desarrollo comunitario sostenible. Se confirma que atraviesa, marca, condiciona e instituye modos de pensar, actuar y vivir la sostenibilidad de las prácticas de desarrollo. Nos referimos a la cultura como factor de sostenibilidad en tanto aglutina y moviliza, produce cambios de actitudes y de comportamientos en el ámbito social y familiar, nuevas formas de organización a través de los GG con métodos que propician la participación y por tanto generan un mayor reconocimiento social de la comunidad que favorece el desarrollo de su autoestima e identidad.

No se trata de imponer nuevos cultivos ni nuevos hábitos de alimentación sino de promover las condiciones desde el aprendizaje para que los cambios se produzcan poco a poco y al “ritmo cultural” de la comunidad. Se trata de desarrollar valores simbólicos diferentes relacionados con otros modos de consumir y generar productos, de modos de hacer en la vida cotidiana.

Se trata entonces de encauzar una práctica de vida cotidiana comunitaria, transformadora donde se legitimen los espacios individuales y grupales en la consecución de un proyecto social compartido y sostenible en su expresión más general. La realización de una práctica cotidiana de tal suerte tiene mucho que ver con los procesos de participación, entendida como fundamento y exigencia de la sociabilidad humana, del humano como ser social en tanto derecho del ciudadano a intervenir en la vida política y social de la comunidad, es un proceso de implicación mental y emocional, compromiso activo de las personas en la sociedad a través de la toma de decisiones en los diferentes niveles y actividades sociales. También como intervención activa, creativa, constructiva y colaboradora de los diferentes actores sociales en los procesos de transformación de la sociedad.

Adelantando conclusiones.....

Las transformaciones a nivel social y comunitario, implican una modificación en las relaciones sociedad - individuo a partir del cambio en la posición social de los individuos y de una reevaluación de la individualidad ante el autoreconocimiento en estas nuevas condiciones. Esto implica un “nuevo pacto” (F.González) entre la sociedad y el individuo; en tanto esta permita y favorezca opciones y alternativas para los planes individuales de vida. El reajuste a esta "nueva realidad" ha implicado un reajuste también de las relaciones entre el proyecto social y los proyectos individuales.

El estudio de los procesos de subjetivación o personalización de la cultura, de cómo se logra un nuevo tipo de relaciones del hombre con la naturaleza, con otros

seres humanos, con la cultura y consigo mismo está atravesado por las relaciones que se producen entre categorías, tales como: socialización-subjetivación, dependencia e independencia, micro social y macro social, reproducción y creatividad, lo social- lo grupal- lo personal individual, adentro-afuera, entre otras.

La subjetividad por su parte, se asume como un producto histórico cultural que facilita una práctica transformadora desde un “sujeto social proactivo e intencional” (F. González) y que está por lo tanto en la base de cualquier acción para el desarrollo de una cultura de participación y transformación social y comunitaria.

Intentando una síntesis integradora que sirva como un nuevo punto de partida, en torno a los vínculos entre cultura- subjetividad y comunidad, reconocemos que:

- El ser humano se forma y desarrolla en determinada cultura que es resultado y expresión concreta de cada sociedad, formada no sólo por sus producciones materiales sino también por formas subjetivas o significados simbólicos y es un elemento de construcción de identidad y sentido de pertenencia que favorece la realización de proyectos de vida
- Esta cultura concreta constituye el lugar de génesis y transformación de la subjetividad social e individual
- Los imaginarios sociales y grupales o cualquier producción simbólica es productor de valores al interpelar a las emociones, los sentimientos y al producir también reflexión sobre vivencias de experiencias y producciones colectivas que tienen a su vez un significado cultural socializado y socializante.
- Estas producciones culturales y sus imaginarios dan cuenta de las razones de ser de cada grupo o comunidad y donde cobran significación su historia y sus orígenes así como sus proyectos actuales desde esa capacidad instituyente de transformación
- Son entonces los grupos y las comunidades espacios sociales donde se constituye y construye la subjetividad a partir de la representación y vivencia de los vínculos, de la producción de sentidos subjetivos de cada sujeto particular que le sirve de referencia.
- Esta construcción procesual de subjetividad desde significados socializados y socializantes es siempre mediado por el contexto cultural concreto en que se desarrolla cada individuo en grupo.
- Las modificaciones y transformaciones en estos significados culturales provocados por la inserción de las comunidades en procesos de desarrollo local y comunitario transforma, de hecho, las construcciones subjetivas al dar lugar a contenidos subjetivos diferentes que instituyen nuevas prácticas, vínculos y valores.



Desde estos presupuestos, consideramos que es muy difícil lograr cambios a nivel de la subjetividad sino se trabaja desde una metodología que promueva la visibilización de ese imaginario instituido y contenga en sí la posibilidad de transformación y de creación de nuevos imaginarios. Sólo con el trabajo desde la subjetividad se obtienen cambios duraderos y que trasciendan lo individual-personal para favorecer procesos emancipatorios y de autonomía individual, grupal y social.

Y entonces quisiera concluir con una idea de Paulo Freire... “No hay cambio sin sueño, como no hay sueño sin esperanza...y la esperanza aunque se cansa, jamás fenece”

Bibliografía:

- Castoriadis, C. (1993). *La Institución imaginaria de la sociedad. Volumen 1: Marxismo y Teoría Revolucionaria*. (2da ed). Buenos Aires: Tusquets Editores SA.
- Cucco García, M. (2006). *ProCC: Una propuesta de intervención sobre los malestares de la vida cotidiana. Del desatino social a la precariedad narcisista*. Buenos Aires: Editorial ATUEL. Colección ProCC
- Fernández, A.M. (1992). De lo imaginario social a lo imaginario grupal. En: *Actualidad psicológica. Año XVII, No. 193*. Argentina.
- González Rey, F. (2006). *Investigación cualitativa y subjetividad*. Guatemala: ODHAG.
- Tovar Pineda, M.A. (2001). *Psicología Social Comunitaria. Una alternativa teórico metodológica*. México: Plaza y Valdés.
- Vigostky, L.S. (1987). *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. La Habana: Editorial Científico Técnica.
- Zito Lema, V. (1993). *Conversaciones con Enrique Pichón Rivièrè sobre el arte y la locura*. Buenos Aires: Cinco.